

(PRACTICANDO) CATÓLICA

25 de Mayo de 2025

(PRACTICANDO) CATÓLICA: RECONOCE A DIOS EN TUS MOMENTOS ORDINARIOS

Por Colleen Jurkiewicz Dorman

Breve reflexión: [Pienso en los muros de la Jerusalén celestial, tan altos y tan resistentes, custodiados tan minuciosamente por los ángeles más fuertes de Dios. Estos muros no son barreras; son escudos. Son los brazos que nos rodean, que nos reúnen.](#)

Mi paz les dejo, mi paz les doy

Cuando Juan tiene la visión de la Jerusalén celestial, él mira los muros.

“Un muro alto y enorme”, para ser más preciso. En el léxico moderno, los muros tienen una connotación negativa; los usamos como metáforas de todo lo excluyente y rígido. Sin embargo, a lo largo de gran parte de la historia, los muros han significado algo muy diferente. En el mundo antiguo, los muros significaban seguridad.

Los muros significan la paz.

“Mi paz les dejo, mi paz les doy”, dice Jesús a sus discípulos en el evangelio de hoy. “Yo no doy la paz, como el mundo la da.”

Entonces, ¿cuál es la diferencia entre la paz que conocemos en el mundo y la paz que conocemos de Cristo?

Bueno, yo argumentaría que la diferencia es que la paz que conocemos en Cristo *existe*. Nosotros no conocemos una paz real en este mundo. A veces, somos testigos de una especie de espejismo de paz; algo *parecido*, pero un poco lejano y siempre en el horizonte, nunca alcanzable.

La paz, para mí significa descanso. Significa silencio. Significa ausencia de confrontación, de conflicto y de ansiedad. Pero en realidad no puedo experimentar nada de eso en esta vida, no de forma sustancial. Puedo descansar, pero nunca me siento descansado. Puedo retirarme a una habitación a solas para tener silencio, pero siempre alguien toca a la puerta. E incluso, si no lo hacen, mis pensamientos se vuelven bastantes ruidosos.

Y, vaya, esos pensamientos están llenos de confrontación. Llenos de ansiedad, llenos de conflictos. Dondequiera que vaya en busca de paz, el mundo *me* encuentra y la destruye.

Pienso en los muros de la Jerusalén celestial, tan altos y tan resistentes, custodiados tan minuciosamente por los ángeles más fuertes de Dios. Estos muros no son barreras; son escudos. Son los brazos que nos rodean, que nos reúnen.

Solo en Cristo podemos encontrar la paz en este mundo.